

compañías —exceptuemos el «Tartufo»— que, con ignorante inercia, intentaban repetir la «gira americana», no hacían sino acrecentar.

Paralelamente, y acorde con la creciente in-comunicación, el medio teatral español se desentendía de cuantos en América intentaban la creación de una escena descolonizada, cada vez más enraizada en la realidad cultural americana.

Es sobre este vacío sobre el que se instala el interés de Buenos Aires por la «Yerma» de la Compañía de Nuria Espert. Como, meses atrás, dos grupos independientes españoles hubieron de afrontarlo en otros países latinoamericanos. Mientras aquí, con la torpeza derivada de la larga in-comunicación, siga hablándose de «andar por América» sin discriminación ni matiz, como si todo aquello fuera una sola Ciudad, con un solo teatro y un solo público, oscuramente vivos los tiempos en que «se hacían las Américas».

Sigue entre nosotros viva una profunda incapacidad para preguntarnos qué papel pueden jugar los espectáculos teatrales españoles en aquel contexto; para interesarnos por el lugar donde se presentan, por quién los ve, por su función en el proceso teatral de cada país, por los valores que propone o que cuestiona en los distintos ámbitos...

Pronto —exactamente del 1 al 15 de agosto— se celebrará el Festival de Caracas. Acudirán conocidas compañías europeas y americanas. Grupos con espíritu y espectáculos de guerrilla junto a formaciones de carácter más tradicional y trabajos más elaborados. En ese marco se presentará «Yerma», supongo que con éxito y polémica.

De todo eso aquí se hablará poco. ¿Qué nos importa lo que le pase a un espectáculo español en América Latina? Sin entender que, después de muchos años, al fin, cierto teatro español empieza a ser un hecho vivo en América, a plantear, en relación

con el teatro y la sociedad de los países latinoamericanos, un debate que nos aproxima infinitamente más que todos los viejos clichés coloniales, retóricamente enmascarados por un nuevo lenguaje. ■ J. M.

ARTE

Yo conocía algo de la pintura de Marta Cárdenas. Le había visto algo de su pintura suculenta, envuelta y como pastosa. También conocía a Carlos Sanz y a su pintura en la que una figuración sin énfasis se adivinaba en un fondo de expresionismo aformal. Ambos son donostiarras. Hay mucho pintor, mucho artista, de San Sebastián en estos días. Hace poco hablaba yo aquí mismo de Ruiz Balardi y dentro de poco tendré que hablar también de Sistiaga. ¿Qué pasa en Guipúzcoa ahora, por qué hay tanto artista? De Marta Cárdenas puedo hablar ahora con todos los pronunciamientos, por que acaba de celebrar una exposición entre nosotros. De Carlos Sanz también, pues aunque no he llegado a ver la exposición que ha celebrado en la galería El Pez, de San Sebastián, la pintura que ha expuesto allí la he visto en un estudio hace poco, que él me la enseñó. A ambos, a la gentil Martita y a Carlos Sanz, se les dieron premios de pintura vasca, una vez que yo intervine en el Jurado. ¿O fue a Carlos sólo, porque Marta ya estaba premiada? No sé. Pero porque los dos son donostiarras, porque son amigos entre sí, y amigos míos, vale la pena agruparlos.

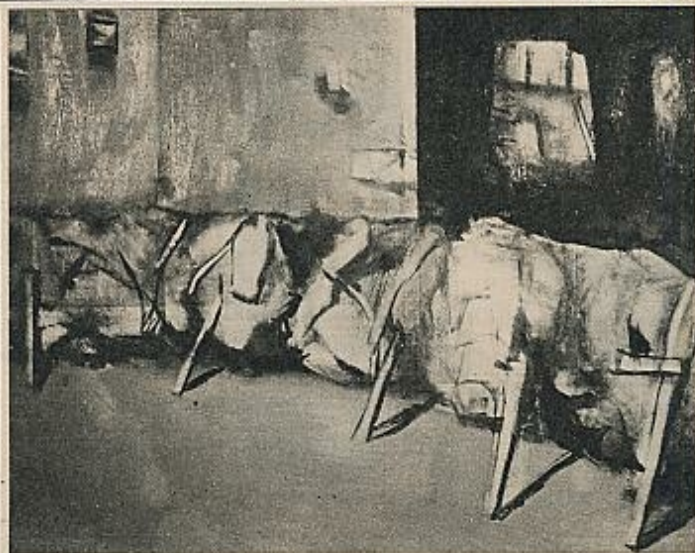
Dibujos de Marta Cárdenas, en la galería Península, de Madrid

Eran dibujos, no pintura —que es lo suyo—, los que nos enseñó Marta Cárdenas últimamente en Madrid. Y era, además, una exposición improvisada, organizada de prisa y corriendo, como para cumplir con un compromiso de última hora. Lo sé de buena tinta, porque yo fui uno de los incitadores de ella. Y digo que eran dibujos y no pintura, «que es lo suyo», no porque trate de menospreciar esa otra actividad de Marta, sino porque en esos dibujos se advertía mucho la mano del pintor. Lo cual está muy bien: esos, los dibujos de pintor, son los que verdaderamente importan.

Pues tenían esos dibujos de Marta Cárdenas una gran densidad pictórica, a pesar de estar elaborados sólo con el blanco del papel y el negro del lápiz. Eran como bocetos para un posible futuro cuadro, tenían nostalgia del cuadro... Como debe ser.

Eran los dibujos de Marta Cárdenas levemente figurativos: de una figuración sin fanatismos. Ella, que es representativista, veía a través de esos dibujos aspectos de la vida que sí son representados, pero que por sí mismos tenían una entidad compositiva que los valorizaban en sí mismos. Recordaban, y así se lo dije a Marta, a alguna pintura figurativa que, como la japonesa, por ejemplo —las estampas japonesas digo—, tenían una entidad en sí mismos. Pero, claro, con toda la tradición pictórica occidental a la que la pintura —la pintura— de Marta pertenece. Por eso, a quien a mí más me recordaban esos dibujos muy específicamente era a Whistler: a Whistler, el preimpresionista que tanto bebí, por una parte, en el estampismo japonés y, por otra, en Velázquez.

Por todo eso, por todo lo que me recordaba y por lo que, en sí mismo



Carlos Sanz, 1974.

eran, yo advertía en esos pequeños cuadros de Marta Cárdenas, de las virtudes de la pintura, esa densidad pastosa de que antes hablaba, y de las del dibujo ese perfil nítido con que las cosas se destacan de su entorno habitual...

A mí me parece muy bien que una consideración sobre los dibujos de Marta Cárdenas me obligue a estar recordando constantemente e problematizando pictóricos. Y no por aquello de que «el dibujo es la probidad del arte», a que tanto se recurre en parecidas circunstancias. El dibujo será la probidad del arte cuando

el arte lo necesita inequívocamente. Lo que queda claro es que, si la pintura de Marta necesita al dibujo, a ese dibujo. Pero también queda claro que el dibujo de Marta Cárdenas —como de tantos otros dibujantes que en el mundo han sido— necesita para elaborarse, tal como ellos aparecen, de la conciencia de la pintura.

Pintura de Carlos Sanz, en la galería El Pez, de San Sebastián

Como, desgraciadamente, no he podido ir

últimamente a San Sebastián, no he podido ver esa exposición de Carlos Sanz. La exposición no la he visto, pero la pintura sí, que Carlos me la tenía enseñada en su propio estudio. Por eso puedo hablar de ella legalmente, aunque no sé si con entera exactitud.

Carlos Sanz es un expresionista. Lo es en esa exposición y lo es en toda su obra, desde que yo la conozco. Por ser un expresionista tiene, incluso, un último recuerdo del aformalismo que ni siquiera su apertura figurativa puede



Marta Cárdenas.